

esa vida de artista tan dulce y tan hermosa, de esas emociones, del teatro que punzan como una fiebre, embriagando al mismo tiempo como un delirio, de esa carrera de gloria y de dicha en que se pisan siempre flores y se oyen siempre aplausos.

Ay! sus flores eran entonces los frios y graves salones de la aristocracia, en cada uno de los cuales, veía huir ante ella á todas las damas como si se apartaran de un leproso; sus solos aplausos eran las severidades de la etiqueta y el desden de las mugeres que pasaban por delante de ella sin saludarla y midiéndola orgullosamente con la vista.

Pobre muger! Dónde estaba aquel público que la idolatraba, aquel público que la colmaba de aplausos llevándola en triunfo por las calles al resplandor de las antorchas y al son de la música de amores? Aquel público, aquel pueblo entero á quien ella embriagaba con su májica voz y que á su vez la embriagaba á ella con los transportes de su entusiasmo?....

Pobre muger!.... El lujo y la opulencia no bastaron á llenar el vacío abierto en su corazón, faltaba á sus pulmones aire libre que respirar, se ahogaba en aquella atmósfera como el ruisñor en una jaula, hundiéronse sus mejillas, una línea azulada se diseñó al rededor de sus hermosos y rasgados ojos, marchitos entonces, cuando en otro tiempo despedían el rayo colérico de *Semiramis*, se velaban bajo la cruel y torturadora angustia de *Desdemona*, ó se entreabrían dulcemente para buscar, moribunda *Julietta*, á su espi-rante *Romeo*.

Lord Viklon, por otra parte, la dejaba abandonada á sí misma y solo en los grandes y desiertos salones de su palacio, que la pobre niña recorría como el preso los corredores de su cárcel. Lord Viklon, estinguído el primer entusiasmo, pasaba las noches y los días en el club, no se acordaba ya de su esposa á la que solo se había enlazado cediendo á la escentricidad de un momento, y cada vez que se retiraba á su palacio mal humorado por una reciente pérdida en el juego, la pobre Laura tenía que sufrir las amargas y duras rarezas de su aristocrático fastidio.

Pobre flor trasplantada á un huerto sin sol y sin brisas, se sentía morir lánguidamente, poco á poco, como el ave prisionera que ve la luz del sol, que respira la frescura del bosque, que percibe los aromas del verjel, que distingue las armonías de la naturaleza, y que se vé privada de sol y de frescura, de aromas y de armonías. Á los dos meses de casada, Laura estaba triste, á los seis meses lánguida, al año se moría..... y se moría sin que ya casi ningún recurso humano bastara á salvarla de sí misma. Su enfermedad estaba en el corazón.

Algunas veces pasaba ante sus ojos como una vision, como una sombra oscura, destacándose del fondo de sus recuerdos, una bella figura de jóven, de centelleantes ojos árabes, de un rostro de una palidez suma, perfectamente ovalado y orlado de una sedosa cabellera negra. Un dia se acordó que esta vision habia existido, se acordó que en las noches de sus mas peregrinos triunfos, la artista, desde su trono, desde la escena, habia visto unos ojos como los que entonces veía en sus recuerdos, fijos continuamente en ella, sin que ningún rayo de aquellos ojos espresivos se escapara á la artista, sin que ningún movimiento de la artista se escapara á aquellos ojos.

Otro dia recordó mas, recordó que una noche, al salir del teatro, el hombre de las tiernas miradas habia tendido una capa para alfombra de sus piés y que desde entonces, muchas, muchísimas noches habia visto el perfil de su sombra en la oscuridad al pié de sus balcones de Venecia, cuando ella salía á respirar las brisas perfumadas del canal ó á bañarse en la dorada luz de una poética luna veneciana.

Ay! pero esto no bastaba, y Laura se moría, se moría..... se moría!

Un sabio médico inglés, amigo y visita de lord Viklon, habia seguido con curiosidad y con interés todas las fases de aquella larga y prolongada agonía; su ojo práctico habia comprendido todos los misterios de aquella extraña enfermedad de languidez, su mirada esperta habia sondeado todos los arcanos, todas las dolencias de aquel corazón moribundo.

Una mañana se presentó el médico á lord Viklon y le dijo que su esposa estaba muerta, muerta si no la llevaba á respirar las puras brisas de Italia, á visitar los cármenes y vegas de su pais natal. Lord Viklon, que era bueno en el fondo, mandó hacer los preparativos de viaje, y un dia, sin decirle nada, hizo á entrar á Laura en un buque, y ambos esposos se despidieron de las húmedas nieblas del Támesis.

Al pisar su patria, al pisar su suelo natal, Laura sintió que se reanimaba, que su corazón respiraba con mas libertad, balló una sonrisa para sus labios y un rayo para sus ojos, pero ay! solo consiguió hacer mas lenta, mas eterna su agonía. Que le importaban las brisas de su pais, qué las flores de su patria, si con ellas no iban mezclados los murmullos de un público delirante, si ellas no le llevaban á sus oídos los acentos de la muelle serenata, si con ellas no venían los hurras de todo un pueblo!...

Lord Viklon, viendo el poco éxito que obtenia su viaje, quiso probar el último esfuerzo y la llevó á Venecia. Venecia! como sonaba este nombre á los oídos de Laura!... Venecia! qué de dulces, vitales é imperecederos recuerdos iban unidos á este nombre—como los aromas á un ramillete—para la prima donna convertida un dia en lady por el demonio de la seducción!

La nueva de su llegada á Venecia se difundió como un rayo, todos allí recordaban su nombre, todos echaban menos las deliciosas noches en que Rosina ó Desdemona, Semiramis ó Julieta, les devolvía sus torrentes de aplausos en puras, en tiernas, en inesplicables emociones. La puerta de su casa se vió sitiada por la multitud, todos se apresuraban á visitarla, todos á festejarla; allí volvía á ser reina, pero, ay! reina sin trono y sin corona.

Un incendio horroroso acababa de tener lugar en Venecia: una calle entera de casas consumida por el fuego, cien personas víctimas, trescientas familias arruinadas. La poblacion estaba consternada.

Abrióse una suscripcion que en un momento se elevó á una cantidad considerable, pero no bastaba, un periódico propuso entonces una idea.

«No tenemos entre nosotros á lady Viklon?—decia.—Pues bien, que lady Viklon consienta en volver á ser por un dia, por una sola noche la prima donna Laura. Dése una funcion á beneficio de las víctimas del incendio. Truéquese por un momento la noble dama en la antigua artista y bendeciránla los muertos desde el fondo de sus tumbas, y mil voces de huérfanos rogarán por ella al pié de los altares.»

Toda Venecia repitió las palabras del periódico. Una comision de las autoridades, una comision de la nobleza, una comision del pueblo, una comision de las víctimas mismas del incendio, se presentaron una tras otra á lord Viklon.

Cómo negarse? Lord Viklon acabó por ceder á tanta instancia.

*Julieta y Romeo* fué la ópera anunciada.

Laura cobró fuerzas con la esperanza y la alegría, y bendijo á Dios y á lord Viklon en lo íntimo de su corazón por concederla, antes de morir, otra noche de placer, de triunfo, de gloria. Sintióse renacer con el deseo, sintióse reanimar con la esperanza: volvió su corazón á latir, á erguirse su cabeza, á brillar chispeante su mirada, se creyó renacer para su vida de oraciones, y, en el parasismo de su contento, la pobre artista lloró tanto, tanto,

que vivió mas y fué mas feliz en solo un momento, de lo que lo habia sido y de lo que habia vivido en todo un año.

Llegó la noche de la representacion, y las puertas del teatro fueron pequeñas para tragar toda la inmensa multitud que se precipitó por ellas. Sin embargo, un hombre se habia lanzado el primero, un hombre que fué á buscar un sitio en la orquesta, un hombre á quien todo Venecia habia conocido algun dia como á la misma artista.

Ernesto, que curada su dolencia, pero guardado su amor en el fondo de su corazón como guarda un pomo la esencia, iba á embarcarse para España cuando Laura llegó á Venecia. Ernesto vió á la artista, vióla solo un momento pasar por delante de él en una góndola, seguida de criados con libreas, rodeada de fausto y de opulencia, pero aquel momento habia bastado á su corazón de amante para comprender todo lo que habia sufrido aquel corazón de artista. Ernesto estaba muy cambiado, habia envejecido en solo un año como hubiera podido envejecer en todo un siglo, pero cuando vió á Laura, leyó en su rostro lánguido y en su marchita mirada que no habia envejecido solo.

Ernesto, pues, estaba allí, en la orquesta, ocupando el mismo sitio que un año antes, esperando con la misma impaciencia, con los mismos latidos de corazón que se descorriera la cortina.

Alzóse por fin, y no tardó en aparecer Laura; una triple salva de aplausos la saludó, vacilaron las luces al ruido de los gritos entusiastas, agitaron el aire millares de pañuelos y el escenario se cubrió de flores y coronas.

Oh! la ilusion fué completa para la artista; nada habia variado. Allí, en un palco, lord Viklon; allí, ante ella, un público palpitante; y allí, tambien, en la orquesta el mismo corazón enamorado, el mismo rostro pálido, los mismos ojos árabes que la seguian, fascinadores é incansables.

La artista entonces quiso como antes pagar todo aquello en notas puras, argentinas, vibrantes, armoniosas como el son de la flauta á media noche, quiso..... pero, ay! á los primeros compases de la orquesta su voz se ahogó, las lágrimas se agolparon á sus ojos sin poder brotar, y su garganta solo despidió un sonido ronco, fatigado, entrecortado como el estertor de un moribundo. Un estremecimiento de hielo corrió por todos los corazones, un silencio sepulcral tuvo lugar en el teatro. La artista se debatía en esfuerzos sobrehumanos; viu-

da por espacio de un año de la gloria; pugnaba por volver á asir su cetro; su alma ardiente buscaba los antiguos recursos, y aunque sentía.... no cantaba. Tantas emociones, tanto martirio, tanta viudez, habian influido suicidamente en su espíritu. Aquello no fué un lisonjero triunfo de cantante, fué una prolongada agonía de artista.

El mas lúgubre silencio siguió á los aplausos que habian saludado á Laura. La prima donna, ya lo hemos dicho, no cantaba, agonizaba; y el público, el público tenia miedo de sus aplausos, como ella, la artista, tenia miedo de sí misma.

Terminó el segundo acto con la misma impotencia por parte de la artista, con el mismo silencio por parte del público. Algunos aplausos aislados se atrevieron á sonar, pero retumbaron como un eco en un panteon.

Laura habia al principio querido llorar, pero no pudo; sentia caer sus lágrimas como gotas de plomo derritido en su cérebro, se sentia sin vida en el corazon, tenia estremecimientos de frio, y la orquesta zumbaba en sus oidos como un conjunto de voces fatídicas.

La artista no sufría porque ya tanto sufrir la habia hecho insensible.

Al ir á empezar el tercer acto, rodearon sus cabellos esparcidos con la corona de rosas blancas de Julieta, y la tendieron en la tumba, que debia abrirse á la voz de Romeo, como hubieran podido hacer con un cadáver.

Alzóse el telon, las doncellas de Verona entonaron su canto de muerte y sembraron de flores el sepulcro de Julieta. Llegó despues Romeo, cantó como el cisné que predice su muerte, levantó el mármol de la tumba, besó la frente de su dormida amante, bebió el veneno que debia unirle á ella, y se precipitó hácia las gradas del mausoleo del cual debia retroceder al aspecto de Julieta levantándose de su marmóreo lecho.

Romeo retrocedió, pero Julieta no se levantó.

La cantante que representaba el papel de Romeo, dió un grito de horror, se arrojó al sepulcro, levantó á Laura en sus brazos, la soltó en seguida y Laura volvió á caer, inerte como un tronco, sobre su lecho de piedra.

Ladi Viklon estaba muerta.

Un hombre saltó de la orquesta al escenario.

Era Ernesto que se precipitó fuera de sí sobre el cadáver de Laura.

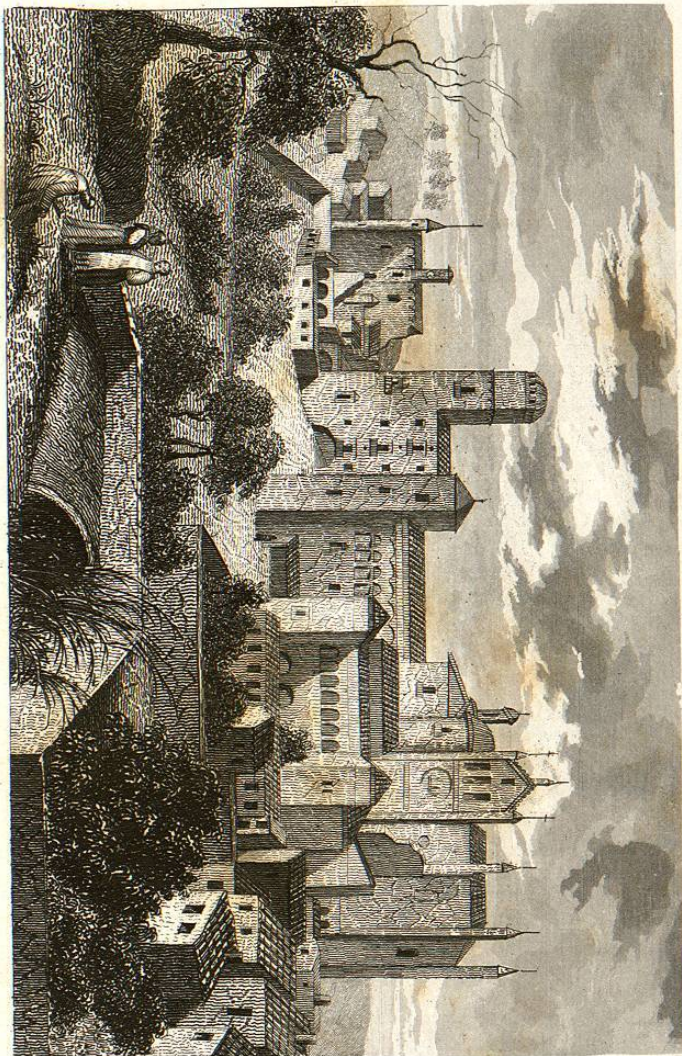
No hay ahora necesidad de decir quien era el Cartujo que hemos visto en el claustro de Miraflores arrodillado ante una cruz solitaria....

Al año de lo que acabamos de contar, al año de la muerte de Laura en la escena y en el sepulcro de Julieta, dia por dia, noche por noche, hora por hora, Ernesto moria sobre el jergon de una pobre celda de Miraflores.

Un año pasó entregado al recuerdo, á la oracion, al llanto, en la soledad de un claustro...

El claustro fué su tumba.





*No. 5.º de Guadalupe (Extremadura)*

## EL MONASTERIO DE GUADALUPE.

(ESTREMADURA.)

I.

EL HALLAZGO DE LA VIRGEN.



DEJAD por un momento el hogar á cuya lumbré os place sentaros durante las largas noches del crudo invierno para oír los cándidos cuentos ó las sombrías leyendas que en tono sencillo os refiere la vieja abuela ó con espresivo colorido os relata el rudo montañés; deponed un beso en la frente pura de vuestros hijos que os sonreirán amorosos; ceñid con vuestros brazos el tallo de la esposa que os adora y que os ve partir con tristeza; id á recoger del ángulo de la estancia el herrado baston de peregrino que debe sos-

tener vuestros pasos, y poneos en marcha.

Poneos en marcha y seguidme.

Es una bella peregrinación la que vamos á emprender.